

# Bayamo cabalgó junto a Fidel

Una histórica vigilia cargada de simbolismo, poesía y canto patrio al Comandante Fidel Castro, constituyó el sentido tributo de artistas cubanos en la Plaza de la Patria, de Bayamo, este 2 de diciembre, en que la tierra de Granma recibió y abrazó al querido Líder.

La emoción creció multiplicada en miles de voces durante disímiles momentos de la solemne velada, uno de los más significativos fue cuando el público coreó la primera presentación pública del tema Cabalgando con Fidel, interpretado por Eduardo Sosa, Luna Manzanares, Annie Garcés y su autor Raúl Torres, quien además regaló la conocida canción El regreso del amigo, dedicada a Hugo Chávez.

También conmovieron la versión musicalizada del poema A Fidel, de Carilda Oliver Labra, cantada por Ary Rodríguez; el estreno de la canción Te queremos Fidel, del grupo Huracán; el tema Tu nombre es pueblo, defendido por Yudenia Manso; y La Lupe, de Juan Almeida, en las voces de Mariela Stivens, Margarita Alarcón, Rubén Álvarez y Ricardo Montero.

El tiempo resultó breve durante la hora y media en la que se hilvanaron piezas antológicas de Silvio Rodríguez, poemas de Nicolás Guillén, Juan Gelman, Abel Guerrero y textos poéticos del escritor Luis Carlos Suárez, en los que evocó la dimensión del eterno guerrillero y hacedor de futuros.

La vigilia, dirigida por Fernando Muñoz, contó además con la variedad sonora de los coros Profesional de Bayamo y el infantil Ismaelillo, la Banda de Conciertos de esta ciudad, junto a los quintetos Rebelde, Entre cuerdas y Cordanova.

Esa noche la plaza donde por última vez el invicto Comandante intervino en un acto del 26 de Julio, estuvo cubierta por un cielo rojizo y finas gotas se hicieron cómplices del homenaje y de “los miles de agradecidos” que nunca le dejarán partir.

ZEIDE BALADA CAMPS



Foto RAFAEL MARTÍNEZ ARIAS



Foto LUIS CARLOS PALACIOS LEYVA

## Un vínculo de gratitud

Por LUCÍA MUÑOZ MACEO  
Foto cortesía de la autora

El primero de enero de 1959 era una niña pequeña. Tengo el neblinoso recuerdo de haberme despertado por el ruido de carros en marcha, bocinas y gritos de alegría de la gente del barrio. No sabía lo que pasaba pero salí con mi madre y mis sobrinas a la calle donde nos encontramos con unos hombres barbudos que eran saludados por los vecinos. Hasta este punto llega mi recuerdo porque antes de eso solo llega a mi memoria el escondite bajo la cama hecho con la tabla de planchar y la pared del cuarto donde mis hermanas me ocultaban cuando empezaban los tiros en medio de la noche y me obligaban a acostarme en el suelo y guardar silencio hasta que me dormía.

Recordaba aquello con claridad, pero mi madre me decía que era muy pequeña y aquellas memorias parecían imposibles. Una vecina me comentó que en su casa tenía una foto donde aparece una niña y que era yo. Cuando me la traje pude comprobarlo. Estoy mirando al frente y sonrío sin imaginar lo que ese primero de enero significaría para mí y para todos los cubanos.

Entonces, como es lógico, no sabía lo que era la Revolución, ni quién era Fidel, eso lo aprendí después, me lo enseñaron mis padres que confiaron en la causa y creyeron en su líder hasta el último día de sus vidas.

La primera vez que vi a Fidel de cerca fue en octubre de 1968 en Santiago de Cuba, cuando fui con mi madre a la Graduación del Centenario, en la que mi hermana Altagracia, terminados sus estudios de maestra, recibiría el diploma de manos del Comandante, pero todo se



malogró por un tremendo aguacero que convirtió la “cancha” de la Universidad de Oriente en un lodazal amarillo que acabó con nuestros zapatos y la elegancia de nuestros vestidos. Nada perturbó la imagen que tuve de Fidel, que me pareció hermoso, fuerte, un hombre bello que deslumbró a la adolescente que era yo entonces.

En 1988 era la presidenta de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (Uneac) en Granma y tenía que asistir al IV Congreso de la organización. La noche antes de salir, el escultor Felipe Guillén me llevó una caja de madera con una réplica de la Ventana de Luz Vázquez para que

se la entregara al Comandante en el Congreso. Así que al otro día temprano salí para La Habana con mi maleta y el regalo de Guillén. Los otros delegados me preguntaban qué llevaba en aquella caja, y solo decía: Un encargo.

Por fin en el Congreso, el 26 de enero de 1988 en el Palacio de las Convenciones, y con la ayuda de Wilfredo Díaz y Francisco Escalona, pude entregarle el regalo a Fidel.

Cuando nos acercamos a la presidencia, extendí la mano para saludarlo y él me sujetó fuerte, me acercó y me dio un beso en la mejilla derecha. Yo le expliqué que la escultura era la Ventana de

Luz Vázquez, el sitio donde se había interpretado por vez primera La Bayamesa de Céspedes, Fornaris y del Castillo y que la había hecho especialmente para él un artista miembro de la Uneac de Granma, que era muy joven y que se llamaba Felipe Guillén.

En el acto me preguntó: “Y él, ¿porqué no vino?” Le contesté que Felipe me había visto muy tarde y no nos había dado tiempo a gestionar su participación. Le dije que Felipe era muy humilde y le pedíamos que lo ayudara, porque tenía problemas con la vivienda. Antes de irme le volví a extender la mano y él me volvió a acercar para darme otro beso, en la mejilla izquierda.

Pocos días después de ese encuentro con Fidel ya Felipe tenía su casa y ese local al lado de la Casa de la Trova para trabajar. Después de aquel día memorable lo vi muchas veces en las reuniones del Consejo Nacional de la Uneac que se realizaron con su presencia y donde dialogaba abiertamente con los intelectuales sobre todos los temas y donde nacieron proyectos tan valiosos como Universidad para todos.

Los cubanos tenemos una deuda, un vínculo de gratitud en la raíz de logros personales con la Revolución y con Fidel por darnos la oportunidad de crecer, de concretar nuestros sueños. Por él tenemos un país digno, querido y respetado por los pueblos del mundo.

Alimentemos con honestidad, con espíritu de sacrificio, con entrega, con transparencia, con honradez y solidaridad la semilla moral que el Comandante en Jefe ha dejado plantada en los corazones de los cubanos y de todos los hombres humildes de esta tierra.